

tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constantinopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos; pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad:—á las siete, M. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

## CONSTANTINOPLA.

20 de Mayo 1833.

A las cinco ya estaba yo de pié en el puente, el capitán hace botar al agua una lancha, salto en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeando los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del Serrallo, que son una continuacion de las de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla:—allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra;—lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos;—comparar algo á este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar á la creacion.

Las tapias que sostienen los terrados circulares de los inmensos jardines del gran serrallo, estaban á algunos pasos de nosotros á nuestra izquierda, separadas del mar por una estrecha acera que las aguas lavan sin cesar y donde la corriente perpetua del Bósforo forma azules y murmurantes oleaditas como las del Ródano en Ginebra; estos terrados, [que se alzan en declives insensibles hasta los palacios del sultan, cuyos dorados cimborios se ven por entre las gigantescas copas de los plátanos y de los cipreses, están tambien plantados de cipreses y de enormes plátanos cuyos troncos dominan los muros, y cuyos ramos penden sobre el mar en graciosas enramadas y dan sombra á los caiques; de cuando en cuando se paraban los remeros á su sombra; de trecho en trecho, interrumpen estos grupos de árboles, palacios, pabellones, kioskos, puertas esculpidas y doradas que se abren sobre el mar, ó baterías de cañones de cobre y de bronce, de estrañas y antiguas formas; las ventanas enrejadas de estos palacios marítimos, que forman parte del serrallo, dan sobre las olas, y se ve, por entre las persianas, relucir las arañas y los dorados de los techos de las habitaciones; á cada paso tambien, elegantes fuentes morunas, embutidas en las tapias del serrallo, caen desde lo alto de los jardines, y murmuran en conchas de mármol, brindando una agua pura á los transeuntes; algu-

nos soldados turcos están tendidos junto á esas fuentes, y una porcion de perros sin amo vagan por el muelle; algunos están echados en las bocas de cañones de enormes calibres. A medida que avanzaba el bote á lo largo de aquellas tapias, el horizonte se ensanchaba ante nuestros ojos, la costa de Asia se acercaba, y la embocadura del Bósforo empezaba á destacarse á la vista, entre colinas de una verdura sombría y otras colinas opuestas que parecen pintadas con todos los matices del arco iris: allí hicimos una nueva parada; la risueña costa de Asia, distante de nosotros cosa de una milla, se dibujaba á nuestra derecha, ceñida de anchas y altas colinas, cuyas cimas eran negros bosques, cuyas faldas eran campos rodeados de franjas de árboles, y sembradas de casas revocadas de colorado, y cuyos bordes eran barrancos tajados casi perpendicularmente, alfombrados de plantas verdes y de sicomoros cuyas ramas caen en el agua; mos lejos aquellas colinas se elevaban mas, y luego estendiéndose como una verde playa, formaban un ancho cabo avanzado que sostenia como una gran ciudad; aquello era Scutari con sus grandes cuarteles blancos, semejantes á un alcázar real, sus mezquitas rodeadas de sus resplandecientes minaretes, sus muelles y sus ensenadas ceñidas de casas, de bazares, de caiques á la sombra bajo los emparrados ó los plátanos, y el profundo y sombrío bosque de cipreses que cubre la ciudad, por entre

cuyas ramas brillaban con lúgubre aspecto los innumerables monumentos blancos de los cementerios turcos; mas allá de la punta de Scutari, rematada por un islote que sostiene una capilla turca y que se llama el *sepulcro de la Niña*, el Bósforo, como un rio acanalado, se entreabria y parecia huir entre oscuras montañas, cuyas laderas de peñascos, cuyos ángulos salientes y entrantes, y cuyos barrancos y selvas se correspondian en ambas márgenes, y á cuyo pié se distinguia hasta cuanto alcanzaba la vista, una serie no interrumpida de aldeas, de escuadras fondeadas, ó á la vela, de pequeños puertos sombreados por hermosas arboledas, de casas diseminadas y de vastos palacios con sus jardines de rosas sobre el mar.

Un recio empuje de los remeros nos lleva al punto del Cuerno de Oro, desde donde se disfruta á la vez de la vista del Bósforo y del mar de Mármara, y en fin, de la vista entera del puerto ó mas bien del mar interior de Constantinopla; allí nos olvidamos de Mármara, de la costa de Asia y del Bósforo para contemplar con una sola mirada el ámbito mismo del Cuerno de Oro y las siete ciudades suspendidas sobre las siete colinas de Constantinopla, convergiendo todas hácia el brazo de mar que forma la ciudad única é incomparable, juntamente ciudad, campos, mar, puerto, orillas de rios, jardines, montañas selvosas, valles profundos, océano de casas, hormiguero de buques

y de calles, lagos serenos y soledades encantadas; vista que ningun pincel puede representnr sino en pormenores, y en que cada impulso del remo lleva los ojos y el alma á un aspecto, á una impresion opuestos.

Damos la vela hácia los collados de Gálata y de Pera; el serrallo se alejaba de nosotros y parecia mas grande, alejándose á medida que la vista abarcaba mas los vastos contornos de sus tapias y la multitud de sus declives, de sus árboles, de sus kioskos y de sus palacios. Su estension es la de una gran ciudad. El puerto se abria cada vez mas delante de nosotros, circulando como un canal entre laderas de montañas arqueadas. En nada se parece este puerto á los otros; es mas bien un ancho rio como el Támesis, ceñido á ambos lados por colinas cargadas de ciudades, y cubierto en una y otra márgen de una interminable flota de naves al ancla, agrupadas á lo largo de las casas. Pasábamos por entre una innumerable multitud de buques, unos fondeados, otros ya á la vela, navegando con rumbo al Bósforo, al mar Negro ó al mar de Mármara; buques de todas formas, de todos tamaños, de todos los pabellones, desde la barca árabe cuya proa se lanza y se eleva como el espolon de las galeras antiguas, hasta el navío de tres puentes con sus espléndidas paredes de bronce. Trolepes de caíques turcos montados por uno

ó dos remeros con mangas de seda, pequeñas barcas que sirven de carruages en las calles marítimas de esta ciudad anfibia, circulaban entre aquellas grandes moles, cruzándose, tropezándose sin volcarse, codeándose como la muchedumbre en las plazas públicas, y al acercarse algunas de ellas alzábanse del mar bandadas enteras de albatros, semejantes á hermosos palomos blancos, para ir á posarse mas lejos y hacerse mecer por las olas. No intentaré contar los buques, navíos, bergantines, fragatas y barcas que duermen ó vogan en las aguas del puerto de Constantinopla, desde la embocadura del Bósforo y la punta del serrallo hasta el arrabal de Eyoub y los deliciosos valles de las aguas dulces. El Tàmesis en Lóndres no ofrece nada comparable á esto. Baste decir que, independientemente de la escuadra turca y de los buques de guerra europeos, fondeados en medio del canal, las dos orillas del Cuerno de Oro están cubiertas de naves dispuestas de dos ó tres en línea sobre una longitud de hasta una legua, con corta diferencia, por ambos lados. No hicimos mas que entrever aquellas prolongadas hileras de proas que miran al mar, y nuestra vista fué á perderse, en el fondo del golfo que se estrechaba internándose en las tierras, entre una verdadera selva de mástiles. Arribamos al pié de la ciudad de Pera, no lejos de un soberbio cuartel de bombarderos cuyas azoteas cubiertas estaban atestadas de cureñas y de cañones. Una

admirable fuente moruna construida en forma de pagoda india, y cuyo mármol cincelado y pintado de brillantes colores se recortaba como encaje sobre un fondo de seda, derrama sus aguas en una placita, llena á la sazón de fardos, de mercancías, de caballos, de perros vagamundos y de turcos que estaban sentados en gran número en los brocales del muelle, esperando á sus amos ó solicitando á los transeuntes;—esta es una hermosa raza de hombres, cuyo traje realza su natural belleza. Usan un calzon blanco con pliegues tan anchos como los de un jubon, ceñido á la cintura con una faja de seda carmesí; llevan en la cabeza un gorrito griego de lana roja coronado por una gran borla de seda que les cuelga sobre la nuca. Tienen el cuello y el pecho al aire; una ancha camisa, con grandes mangas bobas, les cubre los hombros y los brazos. Sus caiques son unos botes muy angostos, de veinte ó treinta pies de longitud sobre dos ó tres de anchura, de madera de nogal barnizada y reluciente como cahoba. La proa de estas barcas es tan aguda como la punta de una lanza, y corta el mar como un cuchillo. La forma estrecha de estos caiques los hace peligrosos é incómodos para los francos, que no esten acostumbrados á ellos, pues zozobran al menor balance que les imprime un movimiento del cuerpo hecho fuera de tiempo. Es preciso estar tendido, como los turcos, en el fondo

da los caiques, y cuidar de que el peso esté repartido con igualdad entre los dos lados de la barca. Los hay de diferentes tamaños, que pueden contener desde uno hasta cuatro ú ocho pasajeros, pero todos tienen la misma forma. Se cuentan por millaras en los puertos de Constantinopla; y además de los que, como los coches simones, están al servicio del público á todas horas, cada particular acomodado de la ciudad tiene uno para su uso, cuyos remeros son sus criados. Todo hombre que circula por el pueblo para sus negocios tiene que atravesar el mar varias veces al día.

Cuando salimos de aquella placita, entramos en las sucias y populosas calles de bazar un de Pera. Salvo los trages, presentan, con corta diferencia, el mismo aspecto que las cercanías de los mercados de nuestras ciudades;—puestos de madera en que se hacen freir carnes y buñuelos para el pueblo;—barberías, tiendas de tabaco, fruterías y verdulerías;—una multitud apiñada y activa en las calles; todos los trages y todas las lenguas de Oriente confundiendo á la vista y al oído, y en medio de esa barahunda, los ladridos de los numerosos perros que llenan las plazas y los bazares y se disputan los despojos que se tiran á las puertas. De allí pasamos á una larga calle, solitaria y estrecha, que sube por una escarpada pendiente encima de la colina de Pera; las ventanas enrejadas no dejan ver

nada del interior de las casas turcas, que parecen pobres y abandonadas; de cuando en cuando la verde copa de un ciprés sale de un recinto de tapias grises y arruinadas y se alza inmóvil en un cielo trasparente; palomas blancas y azules andan esparcidas por las ventanas y los tejados de las casas, y llenan las silenciosas calles con sus melancólicos arrullos. En lo alto de esas calles se extiende el hermoso arrabal de Pera, habitado por los europeos, los embajadores y los cónsules, arrabal en un todo semejante á un pobre pueblecito de nuestra provincias:—antes habia algunos hermosos palacios de los embajadores encima de los pendientes terrados de Gálata, pero ya no quedan mas que columnas tendidas por el suelo, tapias ennegrecidas, jardines abandonados: todo lo han consumido las llamas del último incendio. Pero no tiene carácter, ni originalidad, ni belleza; no se puede ver desde sus calles ni el mar, ni las colinas, ni los jardines de Constantinopla; es preciso subir á lo alto de sus tejados para disfrutar de la magnífica perspectiva de que le han rodeado la naturaleza y el hombre.

M. Truqui nos recibió como á sus hijos; su casa es espaciosa, elegante y está admirablemente situada; la ha puesto toda entera á nuestra disposición. Los muebles mas ricos, la exquisita cocina de Europa, los afectuosos desvelos de la amistad, la

sociedad mas dulce y amable reemplazaron para nosotros las alfombras ó la estera del desierto, el *piló* del árabe, la áspera dureza de la vida marítima. Apénas instalado en su casa, recibo una esquila del señor almirante Roussin, embajador de Francia en Constantinopla, que tiene la bondad de ofrecernos la hospitalidad en Terapia. Estas afectuosas señales de interés, recibidas de compatriotas desconocidos, á mil leguas de la patria y en el aislamiento y la desgracia, dejan una profunda huella en los recuerdos del viagero.

21, 22 y 23 de Mayo.

Desembarque de los dos bergantines.—Descanso, visitas de los principales comerciantes de Pera.—Días pasados en el encanto y la intimidad de M. Truquí y de sus amigos.—Paseos por Constantinopla.—Vista general de la ciudad.—Visita al embajador en Terapia.

23 de Mayo 1833.

Cuando de repente se ha dejado la instable y borrascosa escena del mar, el oscuro y móbil camarote de un bergantin, el cansado vaiven de las olas;

cuando se siente uno el pié firme en una tierra amiga, rodeado de hombres, de libros, de todas las comodidades de la vida; cuando tiene uno delante de sí bosques, campiñas que recorrer, toda la existencia terrestre á que volver despues de un largo desuso, se siente un placer instintivo y puramente fisico de que no puede uno cansarse; una tierra cualquiera, aun la mas agreste, aun la mas remota, es como una patria que se ha recobrado. einte veces he experimentado esto desembarcando, aun por algunas horas, en una costa desconocida y desierta; un peñasco que le guarece á uno del viento; un arbusto que le ofrece su sombra; un rayo de sol que calienta la arena en que está uno sentado; algunos lagartos que corren entre las piedras; los insectos que vuelan en rededor de uno; un inquieto pajarillo que se acerca y luego huye asustado,—todas estas circunstancias insignificantes para un hombre que habita la tierra, son un mundo entero para el navegante cansado que sale del mar; —pero el bergantin está ahí, en una mar agitada, y pronto hay que volver á él. Los marineros están en las vergas, ocupados en secar ó componer las grandes velas rasgadas; el bote que sube y desaparece en las espumantes barrancas formadas por las olas, va y viene sin cesar del buque á la playa; trae provisiones á tierra ó lleva agua fresca al buque; los grumetes lavan sus camisas de lienzo de color y las cuelgan de los lentiscos de la ribera; el capitán

estudia el cielo espera el viento que va á volverse, para llamar con un cañonazo á los pasajeros á su vida de miseria, de tinieblas y de movimiento. Aunque se tenga prisa de llegar, se hacen votos en secreto porque el viento contrario siga soplando todavía, para que la necesidad le deje á uno saborear un dia mas aquel íntimo halago que le apega al hombre á la tierra: traba uno amistad con la costa, con la estrecha cenefa de césped ó de arbustos que se estiende entre el mar y las peñas, con la fuente escondida bajo las raices de una añosa encina; con aquellos líquenes, con aquellas florecillas silvestres que el viento sacude sin cesar entre las grietas de los escollos, y que nunca volverá uno á yer. Cuando parte del buque el tiro de leva, cuando se alza en el mástil el pabellon en señal de llamada, y se estaca la chalupa para venir á buscar á los pasajeros, casi lloraria uno por aquel rincón del mundo sin nombre, donde no ha hecho mas que estirar algunas horas sus miembros embotados. Muchas veces he experimentado ese amor innato del hombre á un abrigo cualquiera, solitario, desconocido, en una playa desierta.

Pero aquí experimento dos cosas contrarias, una dulce, otra penosa. Primeramente ese placer que acabo de pintar, de tener el pié firme sobre el suelo, una cama que no se cae, un piso que no le hace á uno bambolearse de una pared á otra, mucho espacio libre por donde andar cuanto uno quiera,

grandes ventanas cerradas ó abiertas á voluntad de uno, sin miedo de que las asalte la espuma; las delicias de oír al viento circular entre las cortinas sin inclinarse la casa, sin resonar las velas, sin temblar los palos, sin hacer correr á los marineros por el puente con el ruido atronador de sus pisadas;—mas aún, experimento el placer de tener amistosas comunicaciones con Europa, viajeros, comerciantes, periódicos, libros, todo lo que pone al hombre en comunión de ideas y de vida con el hombre,—esa participacion al movimiento general de las cosas y del pensamiento, de que estamos privados hace tanto tiempo. Y mas aún que todo esto, tengo la hospitalidad amabilísima, mejor diré, la amistad de nuestro escelente huésped M. Truqui, que parece tan contento con colmarnos de atenciones y agasajos como nosotros con recibir las muestras de su cordial afecto. ¡Esclente hombre! hombre raro, cual no he hallado dos tal vez en mi larga vida de viajero! Su memoria me será dulce mientras me acuerde de estos años de peregrinacion, y mi pensamiento le seguirá siempre á las costas de Asia ó de Africa, donde la fortuna le condena á acabar sus dias.

La misma fecha.

Pero cuando se han saboreado como instintivamente estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de ménos la inseguridad y la agtacion perpetuas de la vida marina. En ella á lo ménos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en sí mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algun nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento que se muda, que arrecia ó se calma; las velas de la nave que es preciso orientar veinte veces al dia; el espectáculo de las faenas en que es preciso á veces tomar parte uno mismo en los temporales; los mil accidentes de un dia ó de una noche de tempestad; el vaiven, las velas que se lleva el huracan, los muebles rotos que ruedan por los entrepuentes; los golpes sordos, irregulares, del mar en los frágiles costados del camarote donde en vano quiere uno dormir; los precipitados pasos de los marineros de guardia, que corren de uno á otro bordo; el lastimero piar de los pollos, à quienes la

espuma inunda en sus jaulas atadas al pié del palo mayor; el canto de los gallos, que ven los primeros la aurora, al fin de una noche de tinieblas y de borrascas; el silbido de la corredera de la guindola que se echa para medir el camino andado; el aspecto extraño, desconocido, vano, agreste ó gracioso de una costa que no se sospechaba la víspera y que se sigue al rayar el dia, midiendo las alturas de sus montañas ó designando con el dedo sus ciudades y sus aldeas, brillantes como montones de nieve entre grupos de pinabetes;—todo esto le roba un poco mas ó menos de su aficcion á nuestra alma, alivia un poco el corazon, deja evaporar parte del dolor, acalla la tristeza miéntras dura el viage; todo ese dolor agobia con todo su peso el alma, apenas ha puesto uno el pié en la orilla, y apenas el sueño, en un lecho tranquilo, vuelve al hombre á la intensidad de sus impresiones. El corazon, no distraido ya por objetos exteriores, se halla cara á cara con sus sentimientos mutilados, sus ideas de desesperacion, su porvenir perdido! No sabe uno cómo soportará la vida antigua, la vida monótona, la vida vana de las ciudades y de la sociedad. Esto es lo que yo experimento, hasta el punto de desear ahora una eterna navegacion, un viage sin fin, con todos sus azares y sus distracciones, aun las mas penosas. ¡Ah! es porque leo en los ojos de mi muger, mas aún que en mi corazon. El dolor de un hombre

es nada en comparacion del de una muger, de una madre; una muger vive y muere con un solo pensamiento, para un sentimiento solo; la vida para una muger, es una cosa poseida; la muerte, es una cosa perdida! Un hombre vive de todo, bien ó mal; Dios no lo mata de un solo golpe.

24 de Mayo 1833

Me he rodeado de periódicos y de folletos recién llegados de Europa y que me prodiga la bondad de los embajadores de Francia y de Austria. Después de haber leído todo el día, me confirmé en las ideas con que salí de Europa: veo que los hechos marchan enteramente en el sentido de las previsiones políticas que la analogía histórica y filosófica permite asignar al camino de las cosas en este hermoso siglo. La Francia agitada se sosiega, la Europa inquieta, pero tímida, mira con zelos y odio, pero no se atreve á impedir; conoce por instinto, y este instinto es profético, que perdería acaso el equilibrio haciendo un movimiento. Nunca he creído en la guerra de resultas de la revolución de Julio; hubiera sido preciso que la Francia estuviese entregada á consejos insensatos para atacar, y no atacando la Francia, la Europea no podía ir desa-

cordadamente á arrojarse en un foco revolucionario, donde se quema todo el que quiere sofocarle. El gobierno de Julio había merecido bien de la Francia y de la Europa, por el solo hecho de haber sofrenado el ciego é impaciente ardor del espíritu belicoso en Francia, después de los tres días. (1)

La Europa y la Francia eran igualmente perdidas:—no teníamos ejércitos, ni espíritu público, porque no le hay sin unanimidad; la guerra extranjera hubiera acarreado inmediatamente la guerra civil en el Mediodía y el Oeste de la Francia y por consiguiente la persecucion y el despojo en todas partes: el gobierno no hubiera podido sostenerse en París con el impulso revolucionario del centro: mientras que flacos ejércitos improvisados por un patriotismo sin guía y sin freno se hubieran hecho devorar en nuestras fronteras del Este, el Mediodía hasta Leon hubiera enarbolado la bandera blanca, y el Oeste hasta el Loira hubiera reconstruido las guerrillas vandeanas; las poblaciones fabriles de Leon, Ruan, París, escasperadas por la miseria en que las habría sumergido la suspension del trabajo, habrían hecho esplosion en el centro y precipitádose

(1) Sabido es que tres días duró la revolución de Julio, el 27, el 28 y el 29.—N. del T.

en indisciplinadas muchedumbres sobre Paris y las fronteras, eligiéndose caudillos de un dia é imponiéndoles sus caprichos por planes de campaña. La propiedad, el comercio, la industria, el crédito, todo hubiera perecido à la vez; se hubiera necesitado recurrir à la violencia para obtener empréstitos y contribuciones. Escondidos el oro, muerto el crédito, la desesperacion habria impulsado à la resistencia y la resistencia à la espoliacion, al asesinato y à los suplicios populares; una vez puesto el pié en la senda de la sangre, no habia mas salida posible que la anarquía, la dictadura y la desmembracion. Todo esto ademas se hubiera complicado con movimientos inesperados y espontáneos de algunas partes de Europa, España, Italia, Polonia, riberas del Rhin, Bélgica, todo hubiera ardido al mismo tiempo ó sucesivamente; la Europa entera se habria visto arrastrada en una fluctuacion de insurrecciones, de compresiones, que à cada instante habrian cambiado el aspecto de las cosas. Hubiéramos entrado, mal preparados, en una nueva guerra de treinta años. El génio de la civilizacion no lo ha querido; ha sucedido lo que debia suceder. No se peleará hasta despues de haberse preparado al combate, hasta despues de haberse reconocido, de haberse contado, de haberse puesto en órden de batalla, la lucha será regular, y tendrá un resultado previsto y seguro; no será un combate nocturno.

De lejos se ven mejor las cosas porque los por menores no ofuscan la vista, y los objetos se presentan en grandes masas principales. Esta es la razon porque los profetas y los oráculos vivian solos y lejos del mundo;—eran verdaderos filósofos que estudiaban las cosas en su conjunto y cuyo juicio no turbaban las mezquinas pasiones del dia. Es preciso que un hombre político se aleje con frecuencia de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgarle y preveer su desenlace. Predecir es imposible: la prediccion no pertenece mas que à Dios; pero preveer es posible; la prevision le pertenece al hombre.

Muchas veces me pregunto en qué parará ese gran movimiento de las cabezas y de los hechos que, emanado de Francia, agita al mundo y arrastra de grado ó por fuerza todas las cosas en su torbellino. Yo no soy de los que no ven en ese movimiento mas que el movimiento mismo, es decir, el tumulto y el desórden de las ideas, que creen al mundo moral y político en aquellas convulsiones finales que preceden à la muerte y la descomposicion. Este es evidentemente un movimiento doble de descomposicion y de organizacion juntamente; el espíritu creador trabaja à medida que destruye el espíritu destructor: una fé, en todo, reemplaza à la otra; una forma se sustituye à otra forma; dó quiera que lo pasado se desmorona, el porvenir ya preparado

aparece detras de las ruinas; la transicion es lenta y ardua como toda transicion, en que las pasiones y los intereses de los hombres tienen que combatir marchando; en que las clases sociales, en que las naciones diversas caminan con paso desigual, en que algunos quieren retroceder obstinadamente mientras que la mayoría avanza; hay confusion, polvo, ruinas, oscuridad á veces; pero de cuando en cuando tambien, el viento levanta esa nube de polvo que esconde el camino y la meta, y los que están sobre la altura distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir y ven el sol recién salido iluminar vastos horizontes. Continuamente oigo decir, y aun aquí mismo se dice: "Los hombres ya no tienen creencias; todo está entregado á la razon individual; ya no hay fé comun en nada; ni en religion, ni en política, ni en sociabilidad. Las creencias, una fé comun, son el resorte de las naciones; roto este resorte, todo se descompone; no hay mas que un medio de salvar á los pueblos, que es volverles sus creencias." Volver creencias, resucitar dogmas populares muertos en la conciencia de los pueblos, rehacer lo que ha deshecho el tiempo, es una pretension insensata, es querer luchar contra la naturaleza y contra la índole de las cosas; es caminar en sentido inverso de la Providencia y de los hechos, que son las huellas de sus pisadas;—no se puede llegar á un fin como no sea caminando en el

sentido en que Dios conduce los sucesos y las ideas; la corriente del tiempo jamas retrocede; puede uno dirigirse y dirigir al mundo por su idomable corriente; no es posible pararse ni hacerla ir hácia atras. Pero ¿es cierto en efecto que ya no hay ni luz en la inteligencia del hombre, ni creencia comun en el espíritu de los pueblos, ni fé íntima é insignificante en la conciencia del linage humano? Palabras son estas que todos respetan sin haberlas sondeado, y que no tienen ningun sentido. Si el mundo no tuviera ya ni idea comun, ni fé, ni creencia, el mundo no se agitaria tanto; nada no produce nada: *mens agitat molem*. Hay, por el contrario, una inmensa conviccion, una fé fanática; una esperanza confusa, pero indefinida; un ardiente amor; un símbolo comun, aunque no redactado todavía, que impulsa, agita, atrae, condensa, hace gravitar juntas todas las inteligencias, todas las conciencias, todas las fuerzas morales de esta época:—esas revoluciones, esas sacudidas, esas caidas de imperios, esos movimientos repetidos y gigantescos de todos los miembros de la antigua Europa; esos estruendosos ecos en América y en Asia; ese impulso no reflexionado é irresistible que imprime, á despecho de las voluntades individuales, tanta agitacion y concierto á las fuerzas colectivas, todo eso no es un efecto sin causa; todo eso tiene un sentido, un sentido profundo y oculto, pero evidente para los ojos del filósofo. Ese sentido es cabal-